



82

**Darío Mollá Llácer**

**PEDRO ARRUPE,  
CARISMA DE IGNACIO:  
PREGUNTAS Y PROPUESTAS**



# PEDRO ARRUPE, CARISMA DE IGNACIO: PREGUNTAS Y PROPUESTAS

Darío Mollá Llácer

PRÓLOGO .....	5
1. CINCO PREGUNTAS DEL PADRE ARRUPE A LOS CRISTIANOS DE HOY .....	7
1.1. La elección del P. Pedro Arrupe como 28º Prepósito General de la Compañía de Jesús .....	7
1.2. Pedro Arrupe, carisma de Ignacio .....	8
1.3. Las cinco preguntas .....	9
2. ARRUPE: ESPIRITUALIDAD Y MÍSTICA .....	17
2.1. ¿Qué es ser una «persona espiritual»?.....	18
2.2. Cristo pobre, humilde y crucificado .....	19
2.3. Amor profundo a la «vera esposa de Cristo» .....	21
2.4. En plena disponibilidad interior y exterior .....	23
NOTAS .....	27

**Darío Mollá, sj.** especialista en espiritualidad ignaciana. Miembro del equipo de Cristianisme i Justícia, ha publicado en esta colección: *Cristianos a la intemperie. Encontrar a Dios en la vida* (núm. 47, 2006), *Acompañar la tentación* (núm. 50, 2007), *Horizontes de vida* (núm. 54, 2009), *La espiritualidad ignaciana como ayuda ante la dificultad* (núm. 67, 2012) y *El «más» ignaciano: tópicos, sospechas, deformaciones y verdad* (núm. 78, 2015).

Edita: Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona  
Tel. 93 317 23 38 - E-mail: [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com) - [www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)  
Edición: Anna Pérez i Mir - Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran  
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Abril 2017

Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 10095-2017  
ISBN: 978-84-9730-393-4 - ISSN: 2014-654X - ISSN (virtual): 2014-6558  
Impreso en papel y cartulina ecológicos

**Protección de datos:** La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

El P. Pedro Arrupe fue Prepósito General de la Compañía de Jesús desde el 22 de mayo de 1965 en que fue elegido hasta el 3 de septiembre de 1983, cuando presentó su renuncia a la Congregación General 33ª de la Compañía, como consecuencia de una trombosis cerebral sufrida el 7 de agosto de 1981 y que, desde esa fecha, le impidió seguir cumpliendo con su servicio al frente de los jesuitas. Tras su renuncia, aún vivió ocho años en la enfermería de Roma, donde murió el 5 de febrero de 1991. En 2015, se cumplieron los cincuenta años de su elección como General y, en 2016, los veinticinco años de su muerte.

La labor y el legado de Pedro Arrupe a la Compañía de Jesús y a la Iglesia son inmensos. Persona clave en la renovación de la Iglesia y de la vida religiosa promovida por el Concilio Vaticano II, dinamizador de la misión de la Compañía de Jesús en la línea fe-justicia, promotor de iniciativas pioneras en el diálogo con el mundo y con las diversas tradiciones religiosas, o en la atención a los más pobres, como los refugiados. Una aportación fundamental suya fue la recuperación del carisma ignaciano y su relectura actualizada.

Así lo expresó el P. Ignacio Iglesias, uno de sus más íntimos colaboradores durante muchos años:

«[...] sin duda, uno de los mayores servicios de Pedro Arrupe, todavía apenas analizado y comprendido como tal, es el de la reinterpretación de Ignacio de Loyola, de la que ya no se podrá prescindir en el futuro, en un largo futuro. Misión, disponibilidad, opción por los pobres, sentido trinitario, fe-justicia... deben a Arrupe el poder ser hoy ca-

minos transitables y transitados de hecho ya por muchos no solo en la Compañía de Jesús, sino dentro de la espiritualidad ignaciana».

Cinco de los escritos más significativos del P. Arrupe sobre el carisma ignaciano fueron ya objeto de un libro.<sup>1</sup> Los textos seleccionados eran las conferencias «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano» (8 de febrero de 1980); «La misión apostólica, clave del carisma ignaciano» (7 de septiembre de 1974); «Servir solo al Señor y a la Iglesia, su esposa, bajo el Romano Pontífice, vicario de Cristo en la tierra», (18 de febrero de 1978); «El modo nuestro de proceder» (18 de enero de 1979) y «Arraigados y cimentados en la caridad (Ef. 3,17)» (6 de febrero de 1981). Aunque una selección de solo cinco conferencias es, obviamente, limitada, pues los escritos y charlas del P. Arrupe sobre el carisma ignaciano son muchos, considero que se reunieron los más significativos.

A pesar de ello, el inmenso valor de estos documentos para comprender la espiritualidad ignaciana en sus elementos fundamentales puede quedar «oculto» ya que son conferencias preparadas y pronunciadas pensando básicamente en la Compañía de Jesús y, por tanto, con muchas referencias que a los no jesuitas les pueden resultar extrañas o inútiles. Y sería una pena que este detalle impidiese saborear y aprovechar todo lo que de bueno pueden ofrecer a aquellos que, sin ser

jesuitas, han adoptado la espiritualidad ignaciana como punto de referencia de su seguimiento de Jesús.

El presente cuaderno, que consta de dos partes, pretende dar respuesta a esta dificultad. En la primera parte, «Cinco preguntas del Padre Arrupe a los cristianos de hoy», tomo como punto de partida una conferencia –pronunciada en más de una ocasión ante un público mayoritariamente no jesuita– sobre los desafíos y las cuestiones que el P. Arrupe dirigiría a los cristianos de hoy desde el corazón de la espiritualidad ignaciana. Creo que es un material que se presta al examen personal y a la reflexión y el diálogo de grupos y comunidades. La segunda parte, «Arrupe, espiritualidad y mística», parte de otra conferencia que tuve ocasión de pronunciar en un ciclo organizado por la Universidad de Comillas, y en la que pretendo ir al meollo de la experiencia espiritual de Pedro Arrupe. Creo que puede ser un texto que ayude a la interiorización sobre la propia experiencia espiritual.

Este cuaderno, pues, puede considerarse un material en continuidad con el cuaderno 76, dedicado a la conferencia del P. Arrupe, *Hombres y mujeres para los demás*, y un agradecimiento y homenaje a la persona que hizo posible la centralidad de la opción fe-justicia en la Compañía de Jesús, y que nos lleva de la mano de su propio carisma y sabiduría a encontrarnos con lo más nuclear y vivo de la espiritualidad ignaciana.

# 1. CINCO PREGUNTAS DEL PADRE ARRUPE A LOS CRISTIANOS DE HOY

---

El día 22 de mayo de 1965, la Congregación General 31ª de la Compañía de Jesús, reunida en la Curia General de la Compañía de Jesús en Roma, elegía al P. Pedro Arrupe Gondra, bilbaíno, Provincial de Japón hasta entonces, como su 28º Prepósito General, tras la muerte de su antecesor, el jesuita belga P. Jean Baptiste Janssens. Esa elección requirió tres votaciones para alcanzar la necesaria mayoría absoluta de los electores congregados.<sup>2</sup>

## **1.1. La elección del P. Pedro Arrupe como 28º Prepósito General de la Compañía de Jesús**

Antes de la elección, y siguiendo el procedimiento habitual en estos casos en la Compañía de Jesús, el P. Maurice Giuliani había señalado algunas notas del perfil deseable en el General a elegir: una persona enteramente abierta al mundo, atenta a las necesidades de la Iglesia en un momento de renovación, que ame a la Compañía y sepa discer-

nir las respuestas actuales que pide su vocación, que funde su apostolado en la Pasión y Resurrección de Jesucristo. Era un perfil coherente con el momento renovador que estaba viviendo la Iglesia en pleno Concilio Vaticano II. De hecho, esta Congregación General se iniciaba entre la tercera y la cuarta etapa del Concilio, y tras una interrupción, la Congregación finalizaría con posterioridad a la conclusión del Concilio, ya bajo la dirección del P. Arrupe.

De entrada, el P. Arrupe no era el candidato mayoritario,<sup>3</sup> sino que pertenecía a un grupo de cuatro jesuitas considerados como «elegibles» por un número importante de congregados: junto a él se encontraban los PP. Paolo Dezza, Roderick Mckenzie y John L. Swain. Los PP. Dezza y Swain, que significaban opciones más «continuas», fueron los primeros en ser descartados. De los dos restantes, el P. McKenzie, biblista canadiense, ofrecía un perfil más «intelectual», y el P. Arrupe un perfil más pastoral y misionero. Queda clara, pues, la intención de la Congregación al elegir al P. Arrupe: elegir un perfil renovador y pastoral.

## 1.2. Pedro Arrupe, carisma de Ignacio

Sobre la persona y significación del P. Arrupe, se han publicado excelentes biografías que aportan los datos más relevantes.<sup>4</sup> Así, pues, el foco sobre el P. Arrupe «exterior», no es nuestro objetivo actual; lo que nos interesa es centramos en tres de sus facetas clave:

a) El P. Arrupe «interior», el jesuita de una hondísima vivencia espiritual, que es la que anima su acción, su creatividad, su compromiso, su fuerza para afrontar las dificultades:

«Uno de los hombres que mejor conoció al P. Arrupe escribió que Arrupe era más conocido por fuera, es decir, por su personalidad desbordante, por lo que hizo, que por dentro, por la Fuente interior de donde manaba todo lo anterior. Y

añadía que lo más importante de él era esto segundo: su adentro y aquel que lo inspiraba y dirigía...».<sup>5</sup>

b) El P. Arrupe intérprete de san Ignacio, al que la Compañía de Jesús le debe muchas cosas y, entre ellas, una de las más importantes para los que nos alimentamos del carisma ignaciano: la reformulación del carisma adaptada a nuestros tiempos. En palabras de Ignacio Iglesias:

«[...] sin duda, uno de los mayores servicios de Pedro Arrupe, todavía apenas analizado y comprendido como tal, es el de la reinterpretación de Ignacio de Loyola, de la que ya no se podrá prescindir en el futuro, en un largo futuro... Misión, disponibilidad, opción por los pobres, sentido trinitario, fe-justicia... deben a Arrupe el poder ser hoy caminos transitables y transitados de hecho ya por muchos no solo en la Compañía de Jesús, sino dentro de la espiritualidad ignaciana».<sup>6</sup>

c) El P. Arrupe profeta. Es significativo que la definición de profeta que el papa Francisco hace en su carta «Testigos de la alegría» con ocasión del año de la Vida Consagrada parezca un retrato del P. Arrupe:

«El profeta recibe de Dios la capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos: es como un centinela que vigila por la noche y sabe cuando llega el alba (cf. Isaías 21,11-12). Conoce a Dios y conoce a los hombres y mujeres, sus hermanos y hermanas. Es capaz de discernir,



y también de denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre, no debe rendir cuentas a más amos que a Dios, no tiene otros intereses sino los de Dios. El profeta está generalmente de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte».<sup>7</sup>

Este encuentro con el Arripe interior, carismático y profeta ha significado una profunda experiencia personal y espiritual. Para compartirla, valga la propuesta de cinco preguntas, una a partir de cada uno de los cinco documentos del P. Arrupe mencionados en el prólogo.

### 1.3. Las cinco preguntas

Estas son preguntas para dejarse afectar por ellas, para interiorizarlas, para convivir con ellas y que nos interpelen, y dar tiempo a que la respuesta salga del corazón y no que sea una respuesta inmediata y precipitada. Las respuestas precipitadas a preguntas hondas suelen ser o muy superficiales o equivocadas.

#### 1.3.1. Primera pregunta:

*¿Qué experiencia de Dios es la que me mueve y me sostiene? ¿Cuál es su auténtica profundidad en mí?*<sup>8</sup>

Sin duda alguna, la pregunta nos plantea una cuestión fundamental y decisiva, fruto de las convicciones básicas que se formulan en el documento:

- De la profundidad de mi experiencia de Dios depende la profundidad

con la que voy a vivir mi vida y la hondura de mi compromiso con mis hermanos; sin esa experiencia, mi compromiso va a estar tentado y amenazado de superficialidad.

- De la vitalidad de mi experiencia de Dios, del Dios siempre nuevo y que habla de modo nuevo en las circunstancias de la historia, dependerá mi creatividad; creatividad que no tiene que ver con artificios ingeniosos ni banalidades, sino con un deseo de servicio siempre atento y, por ello, renovado.
- Del vigor y la fuerza de mi experiencia de Dios va a depender la constancia y la perseverancia en el servicio y el compromiso con mis hermanos, siempre amenazados por las dificultades exteriores y los desánimos y cansancios interiores.
- Del contenido de mi experiencia de Dios, de aquel rostro de Dios que me es dado contemplar, va a depender mi modo de situarme en la vida, mis actitudes vitales básicas.

En la primera parte del documento, el P. Arrupe hace una síntesis, a la vez completa y sencilla, de la evolución espiritual de san Ignacio desde su conversión en Loyola hasta su madurez, tal como la expresa en su *Diario Espiritual*. Una síntesis enormemente útil para quien quiera acercarse al proceso interior del santo de Loyola a lo largo de toda su vida.

En esa síntesis se va poniendo de manifiesto el carácter trinitario de la experiencia de Dios de san Ignacio, experiencia que queda plasmada, de un modo plástico y vigoroso, en la contemplación de carácter claramente trinitario de la Encarnación.

El Dios de Ignacio de Loyola es el Dios Trinidad: una Trinidad en un profundo diálogo intratrinitario, y una Trinidad volcada compasivamente sobre el mundo. El *ad intra* y el *ad extra* de la Trinidad. El Dios de Ignacio es diálogo y compasión. Y ese Dios que es diálogo y compasión va a marcar decisivamente toda la espiritualidad ignaciana.

A continuación, el P. Arrupe destaca los elementos que el mismo san Ignacio definió como propios de una espiritualidad fundada en la experiencia del Dios Trinidad. Señala fundamentalmente tres elementos y se detiene en comentarlos: vivirmos, como Cristo y en unión con Él, en misión; una misión que se realiza al modo de Cristo: en humildad, abajamiento y cruz; y, finalmente, ser contemplativos en la acción, la experiencia de la unión con Dios en el ejercicio de la compasión.

Tras explicitar las notas que san Ignacio hace derivar de su contemplación de la Trinidad, el P. Arrupe inicia una reflexión muy honda y sugerente. A partir de su experiencia trinitaria, san Ignacio expuso los elementos propios de su carisma. Pero ese carisma admite nuevas profundizaciones, y al igual que sucedió con san Ignacio, ahondar en la experiencia del Dios Trinidad nos descubrirá aspectos nuevos del carisma ignaciano.

La propia contemplación arrupiana del Dios Trinidad le lleva a subrayar dos notas más del vivir «a la ignaciana». Para el P. Arrupe las personas de la Trinidad proponen el modelo de lo que significa ser persona: ser en relación, ser en donación y en entrega, ser persona «para los demás». Y la relación entre las personas de la Trinidad

propone un modelo de vida en comunidad: ser comunidad en comunión interior para el servicio al mundo.

El Dios de san Ignacio y de Arrupe nos mueve al diálogo y a la compasión, al compromiso comunitario y al servicio al mundo.

### *1.3.2. Segunda pregunta:*

*¿Cuál es la clave de integración de mi vida? ¿Cuál es su eje integrador?⁹⁹*

Es muy importante que tengamos en la vida una clave de integración, un eje torno al cual se articulen todas nuestras actividades y todas las dimensiones de nuestra persona, un horizonte hacia el cual miremos y tendamos en todo aquello que hacemos y somos. Eso nos da una profunda unidad interior, una armonía que sosiega, y nos evita la dispersión, el descontrol e incluso la insatisfacción permanente o la ruptura de nuestro equilibrio vital.

La intuición del P. Arrupe en este documento es que la clave de integración, aquello que da unidad a la Compañía de Jesús, en su pluralidad y en su diversidad de personas y de actividades, es el sentido de misión. Sentido de misión que deriva directamente de la experiencia trinitaria y de vivirmos como compañeros y seguidores de un Jesús, que se vive a sí mismo como el Enviado, cuyo alimento no es otro que cumplir la voluntad del Padre que le envía. Y esa misma propuesta es la que se nos hace a cada uno de nosotros desde el carisma ignaciano: hacer de la misión el eje de integración de nuestra vida, hacer del servicio, del «ayudar» ignaciano, nuestro horizonte vital.

Es esta una propuesta enormemente valiosa porque es una propuesta vá-

lida para todas las actividades de nuestra vida, y no solo para las actividades, sino para todas las dimensiones de una vida humana: las relaciones interpersonales, el cuidado de nosotros mismos, el descanso y también nuestras pasividades, nuestras disminuciones. Para nosotros todo puede ser misión, servicio, y vivirlo todo como misión nos dará sentido y unidad. La propuesta de la misión como eje de integración es también una propuesta válida para todos los momentos y etapas de la vida, que se pueden vivir como «misión», con formas distintas de concretarla según las propias posibilidades.

En esta conferencia el P. Arrupe hace un exhaustivo análisis del concepto ignaciano de misión desde muy distintos puntos de vista, algunos referidos específicamente a la misión de la Compañía de Jesús, y otros válidos y aplicables a todas las personas. E insiste en que el concepto de misión es «la llave maestra», la que abre todas las puertas, para entender y profundizar en el conocimiento del carisma ignaciano.

De todas sus reflexiones y aplicaciones hay dos que vale la pena destacar:

a) Aquella que dice que la misión nos da una clave para nuestra contemplación del evangelio. Vivirnos en misión nos invita a preguntarnos qué nos sugiere cada pasaje evangélico que contemplemos, para cumplir mejor la misión recibida, y qué lección concreta podemos aprender de ese pasaje para nuestra vida de apóstoles.

b) Cuando el P. Arrupe aporta el vivirnos en misión, nos da un modo de leer el mundo. En definitiva, es el modo de leer el mundo de Dios, que él

sintetiza en tres palabras: «con la anchura, con la hondura, y con la cercanía de Dios», es decir, con la universalidad y la mirada amplia de Dios, con la profundidad de Dios, con el cariño de Dios.

El centro de la misión es el hombre, «todo el hombre y todos los hombres» en su dimensión individual y en su dimensión social, y la fidelidad y el rigor en la misión nos pide un permanente discernimiento para captar las nuevas necesidades y las respuestas adecuadas a ellas.

### *1.3.3. Tercera pregunta:*

*¿Me siento Iglesia? ¿Vivo mi misión como en la Iglesia y en la Iglesia?*<sup>10</sup>

Esta pregunta puede suscitar cierta incomodidad en algunas personas, pero es una pregunta absolutamente necesaria, y ha de plantearse precisamente en este momento, desde la fidelidad al mensaje espiritual del P. Arrupe, y desde la fidelidad del P. Arrupe al carisma ignaciano.

Quizá por eso, cabe recordar que las relaciones del P. Arrupe, y del mismo san Ignacio, con los papas no fueron siempre fáciles, e incluso atravesaron momentos muy difíciles. Así lo expresa con claridad y delicadeza José A. García:<sup>11</sup>

«El amor y devoción del P. Arrupe hacia la Iglesia y la figura del Papa no fue menos que el de san Ignacio. Hay muchos datos que lo corroboran. La diferencia puede estar en que el santo, curtido ya en mil batallas y persecuciones, prestó más atención que Arrupe a las mediaciones eclesíásticas, tal vez

necesarias, pero excesivamente intrincadas y espesas para su modo de ser y proceder».

Queremos centrar la atención sobre el verbo utilizado en la pregunta: el verbo «sentir». Es un verbo muy ignaciano, al que san Ignacio da un contenido muy especial, y que es el verbo que utiliza en sus Reglas para «el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener»,<sup>12</sup> que son, conviene notarlo, unas Reglas de comunión y discernimiento. El mismo P. Arrupe, en esta conferencia, nos da una preciosa definición del «sentir» ignaciano:

«No es un mero conocimiento intelectual. Es un conocimiento impregnado de afecto, fruto de experiencia espiritual, que compromete a todo el hombre».<sup>13</sup>

El «sentirnos en Iglesia» nos abre a tres dimensiones muy importantes para nuestro seguimiento de Jesús «a la ignaciana» y para nuestra misión: la comunión, la universalidad y la disponibilidad.

La comunión con toda la Iglesia en el servicio a una misión que no es la nuestra, sino la misión de Cristo, que compartimos con todos los demás cristianos. La comunión evita que hagamos de la misión nuestra propiedad o, lo que sería peor, nuestro capricho. La universalidad nos hace auténticamente servidores en el espíritu del «más» ignaciano que quiere hacerse presente donde más necesidad haya y donde el servicio sea más urgente o difícil. Y la disponibilidad que nos hace servidores en plenitud y gratuidad, al modo evangélico. Es preciosa la cita de san Igna-

cio con la que el P. Arrupe acaba esta conferencia:

«Cuanto al deseo tan bueno y santo... que fuesen algunos [de la Compañía] para España, y otros para la India, también yo lo deseo. Y aun para otras muchas partes. Mas, como no somos nuestros ni queremos [serlo], nos contentamos con peregrinar dondequiera que el Vicario de Cristo nuestro Señor mandando, nos enviare...».<sup>14</sup>

Las características propias del servicio, noción clave en la espiritualidad ignaciana, son otro de los temas que el P. Arrupe aborda en esta conferencia. En un momento determinado de la misma califica este servicio de modo magistral con cuatro adjetivos: «incondicional, ilimitado, magnánimo y humilde».<sup>15</sup>

El modo ignaciano del servicio es el servicio asumido con una disponibilidad plena, sin condición ni exigencia de contrapartida alguna; sin límite, sin poner ninguna frontera de ningún tipo a ese servicio; con grandeza de espíritu, con una generosidad que está dispuesta a darlo todo y a darse todo, y, precisamente por eso, con la humildad de quien, porque está dispuesto a todo, está más dispuesto que nadie a asumir lo pequeño, lo escondido, lo que no tiene relieve humano y a implicarse con los más pequeños y con los más pobres.

Ese «sentirse» Iglesia y vivir y actuar su misión en Iglesia no ha sido ni es siempre fácil, y por ello no es cuestión solo de voluntad de comunión, sino también de discernimiento activo. En ese discernimiento juegan su papel

los criterios de las famosas Reglas Ignacianas. Como no podría ser de otro modo, el P. Arrupe las menciona en este documento y, sin entrar en una exégesis pormenorizada de las mismas, las propone como criterios de discernimiento en cuatro problemáticas eclesiales del tiempo de san Ignacio que siguen vigentes hoy:

- La pretensión de un cristianismo sin Iglesia.
- La ilusión de una Iglesia sin estructuras exteriores.
- El modo de plantear la crítica en el interior de la Iglesia.
- El modo de situarse en las controversias teológicas en el interior de la Iglesia.

#### *1.3.4. Cuarta pregunta:*

*¿Estoy activo en mi discernimiento?*

*¿Estoy abierto a los cambios que la misión me pide?*<sup>16</sup>

Hablar de misión y hablar de servicio plantea de inmediato el tema del discernimiento. Servir es responder a las necesidades del mundo y de la Iglesia, y no solo servir, sino, en la línea ignaciana, buscar el «mejor servicio». Discernir es estar atentos a esas necesidades y preguntarse con honestidad y criterios evangélicos qué podemos hacer ante esas necesidades.

El documento «Nuestro modo de proceder» responde a una de las grandes preocupaciones de Arrupe: qué hemos de cambiar, en nuestra vida y en nuestra acción, para mejor servir en un mundo que está en permanente cambio. Así, pues, ¿qué hemos de cambiar para no responder al hoy y al mañana con las soluciones de ayer? Es muy su-

gerente la vinculación que hace entre el «más» ignaciano y el cambio. Cambiar es una exigencia del «más» en el servicio y en la fidelidad a la misión.

Aparecen también en este documento unas reflexiones muy hondas sobre el cambio y sus criterios. Reflexiones que reflejan las propias tensiones a las que se vio sometido el gobierno del P. Arrupe, tanto en el interior de la Compañía como en su relación con otras instancias eclesiales. La tensión entre los que no saben distinguir lo esencial de lo secundario y consideran que todo es esencial y que, por tanto, todo es intocable y no se puede cambiar nada, y los que pretenden cambiarlo todo sin atender a elementos que son esenciales y que deben pervivir a pesar de los cambios.

Nos movemos, pues, en un segundo nivel de discernimiento. No solo el discernimiento sobre necesidades nuevas y respuestas nuevas, sino el discernimiento sobre la legitimidad carismática de las nuevas respuestas y de los cambios que dichas respuestas piden. El discernimiento que distingue lo grande de lo pequeño, lo permanente de lo transitorio, lo universal de lo local, lo sustancial de lo accidental.

Así pues, el documento es un ejercicio de discernimiento sobre el carisma ignaciano, e invita al discernimiento de cada uno de nosotros sobre el permanente cambio que la fidelidad a la misión nos pide. Además, señala elementos esenciales del carisma ignaciano y otros elementos accesorios y cambiantes.

En el momento final de su reflexión, Arrupe se pregunta por cuáles deberían ser en este momento las actitudes básicas de quien quiere afrontar la vida

desde las propuestas ignacianas. Y diseña una especie de retrato o perfil formado por once actitudes, de las cuales tres serían particularmente aplicables a los jesuitas. Las ocho restantes tienen un carácter universal y plena vigencia, y son:

- El amor y la relación personal con Cristo persona como centro y núcleo de mi experiencia vital.
- La disponibilidad entendida como prontitud, agilidad, libertad para la misión y para nuevas fronteras de misión.
- El sentido de gratuidad que tiene que ver con la pureza y limpieza en nuestras intenciones, objetivos y modos de actuar.
- La universalidad que nos lleva a ir más allá no solo de las fronteras físicas, sino de toda forma de discriminación.
- La sensibilidad para lo humano y la solidaridad con el hombre concreto; Arrupe define esta sensibilidad con una preciosa expresión: «*sensus hominis*».
- La búsqueda de la calidad en aquello que se hace: huir de la frivolidad, la demagogia, los dogmatismos y los tópicos...
- El amor a la Iglesia, a toda la Iglesia, a todo el pueblo de Dios (jerarquía y pueblo), amor hecho de voluntad inequívoca de comunión y de ejercicio de discernimiento responsable.
- El sentido del discernimiento, en actitud de permanente búsqueda y escucha del Señor.

Casi cuarenta años han pasado desde esta descripción y creo que es

poco lo que podríamos añadirle o quitarle.

### *1.3.5. Quinta pregunta:*

*¿Mi caridad está «afectada»*

*por la injusticia que hay en el mundo?*

*¿La lucha por la justicia*

*es una dimensión de mi vida?*<sup>17</sup>

Este documento representa prácticamente el testamento del P. Arrupe, ya que se trata de una conferencia pronunciada en febrero de 1981, unos pocos meses antes de que sufriera la trombosis que causó el final de su actividad efectiva como General de la Compañía de Jesús, aunque no el final de su testimonio de fe y de vida. Testamento, por una parte, y documento de síntesis, por otra. Una síntesis en la que el P. Arrupe quiere destacar la inseparabilidad del amor cristiano, el servicio a la fe y la promoción de la justicia. En su intervención reafirma desde su honda espiritualidad, y desde una lectura profunda de san Ignacio, la opción tomada por la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús al definir la misión de la Compañía como servicio de la fe y promoción de la justicia, unidos de forma inseparable.

A todos nosotros nos advierte que en un mundo donde existe tanta injusticia estructural, y donde existe tanto sufrimiento debido a la injusticia, una caridad que no es afectada por la injusticia, y que no se compromete en la lucha por la justicia, no es la auténtica caridad cristiana, ni, en consecuencia, la ignaciana. Y que así como sin caridad no hay vida cristiana, sin compromiso por la justicia tampoco la hay.

Al hilo de esta reflexión de fondo, la conferencia tiene aportaciones mag-

níficas. Por ejemplo, la interpretación que hace de los Ejercicios de san Ignacio como una pedagogía experiencial del amor, y la relectura del proceso de los Ejercicios en esa clave. O la enumeración y descripción de las características de la caridad ignaciana, y en ella, detalles preciosos sobre la relación entre san Ignacio y sus primeros compañeros, o las actividades del san Ignacio General de la Compañía de Jesús con los diversos grupos de los marginados y excluidos de la Roma de su época, o la conducta de los primeros jesuitas ante catástrofes humanitarias.

Hecho ese repaso del amor como clave de la espiritualidad ignaciana, dedica otra parte importante de su conferencia a poner de manifiesto, a partir de textos de san Juan y de san Pablo, la inseparabilidad del amor a Dios y al prójimo.

Finalmente, analiza desde diversos ángulos la relación entre justicia y caridad, una relación que no ha sido fácil muchas veces. Sorprende la coincidencia de los argumentos de Arrupe respecto a esta cuestión con los argumentos que en el año 2009 utilizará Benedicto XVI al abordar la misma cuestión en su encíclica «La caridad

en la verdad». Por escoger una breve frase de síntesis de su análisis podemos entresacar del número 64 de esta conferencia aquella que afirma que «la caridad es la vanguardia de la justicia».

Para finalizar esta reflexión sobre el P. Arrupe reproduciremos literalmente dos de sus preguntas.

La primera de ellas figura en el núm. 41 de esta conferencia:

«Yo me pregunto cuál sería hoy la actitud de Ignacio ante los desastres de nuestra época: los fugitivos del mar, las multitudes hambrientas en el cinturón del Sahara, los refugiados y emigrados forzosos... ¿Sería equivocado pensar que él en nuestro tiempo hubiera hecho más, hubiera hecho las cosas de otra manera que nosotros?».

Y la segunda se la hacía a sus hermanos jesuitas al comenzar la Congregación General 32, y nos la hace a nosotros hoy, cuarenta años después:

«Es mucha verdad que los problemas nos desbordan y que no lo podemos todo. Pero lo poco que podemos ¿lo hacemos todo?».<sup>18</sup>





## 2. ARRUPE: ESPIRITUALIDAD Y MÍSTICA

---

Debo comenzar esta reflexión con una confesión de sencilla honestidad sobre aquello que puedo aportar. Mi conocimiento personal del P. Arrupe se limitó a un único y breve encuentro, en Madrid, en una de sus visitas a España en los primeros años de mi formación como jesuita. Lo que hubo en aquella ocasión fue un breve saludo y la participación en una charla colectiva y el diálogo posterior.

Es evidente, pues, que la finalidad no es aportar un testimonio de carácter personal y de la hondura espiritual como los que nos ha legado el P. Ignacio Iglesias, que fue su estrecho colaborador personal durante tantos años.<sup>19</sup> Ni tampoco un testimonio desde la cercanía vital del P. Lamet, excelente biógrafo del P. Arrupe. Es a partir de la lectura de bastantes escritos suyos y sobre él, y de la preparación durante muchos meses del libro citado en el prólogo, que me siento legitimado para responder algunas cuestiones en torno al P. Arrupe.

Así, pues, ¿qué nos dice y qué nos aporta hoy a nosotros, cristianos del siglo XXI, el talante espiritual y la experiencia mística de Pedro Arrupe? Si consigo iluminar algo de esa aportación contribuiré, además, al cumplimiento, veinticinco años después de su muerte, de lo que era uno de sus objetivos prioritarios cuando formulaba por escrito y públicamente su experiencia espiritual.

En efecto, en su Invocación a la Trinidad, escrita al final de su conferencia «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano», le pide su luz para:

«[...] poder comprender el carisma de Ignacio, para poder aceptarlo y vivirlo como se debe en este momento histórico... (109)».<sup>20</sup>

Ahondemos pues en la personalidad espiritual del P. Arrupe y sus aportaciones fundamentales de reinterpretación del carisma ignaciano en qué nos sugieren, qué nos cuestionan y estimulan a quienes hoy nos sentimos atraídos e interpelados por dicho carisma como forma concreta de seguimiento de Jesús.

## 2.1. ¿Qué es ser una «persona espiritual»?

El contacto profundo con la experiencia de una persona del carisma personal y de la fuerza espiritual del P. Arrupe nos cuestiona y nos ilumina, en primer lugar, casi como principio y fundamento, sobre aquello que podemos entender por «persona espiritual» y por auténtica espiritualidad, al menos en clave ignaciana.

Muchas veces consideramos que para ser persona espiritual basta con dedicar un tiempo cada día, mayor o menor, a la práctica de determinados ejercicios espirituales o de piedad. En tal caso, la persona sería más o menos espiritual en función del tiempo que dedicara a esos ejercicios y del cuidado y la calidad de los mismos. Evidentemente, la práctica y cuidado de unos tiempos de oración, lectura espiritual u otras actividades semejantes es necesaria y forma parte del modo de vida de una «persona espiritual», pero ser una «persona espiritual» al estilo ignacia-

no, y tal como el P. Arrupe lo vivió, es mucho más que eso.

En él lo «espiritual» no era un tiempo abundante y cuidado sino mucho más: una dimensión, y no cualquier dimensión, sino la dimensión de fondo, condicionante, motora y matriz del resto de su vida. Su modo de tratar a las personas, de resolver los asuntos de gobierno, de afrontar los problemas de la Compañía, de tomar iniciativas con enorme creatividad, nacía y encontraba su forma concreta a partir de su experiencia espiritual. Y esa experiencia espiritual resultaba enriquecida a partir de los desafíos y cuestionamientos de la vida. Lo espiritual no como tiempo sino como dimensión, como dimensión clave. Y lo espiritual iluminado y enriquecido también por las experiencias de la vida. Nos encontramos con la puesta en práctica del famoso círculo acción-contemplación del P. Jerónimo Nadal:

«Este es el círculo que yo suelo decir que hay en los ministerios de la Compañía: por lo que vos hicisteis con los prójimos y servisteis en ello a Dios, os ayuda más en casa en la oración y en las ocupaciones que tenéis para vos; y esa ayuda mayor os hace que después con mayor ánimo y con más provecho os ocupéis del prójimo».<sup>21</sup>

El profundo diálogo entre experiencia espiritual y desafíos de la vida de Pedro Arrupe, al ser tan profunda su experiencia espiritual y tan rica su experiencia de la vida, hizo posible esa relectura viva del carisma ignaciano que es, en palabras de Ignacio Iglesias, «uno de los mayores servicios de Pedro

Arrupe... del que no se podrá prescindir en el futuro, en un largo futuro».<sup>22</sup>

Entendida como dimensión, y como dimensión de fondo, la experiencia espiritual ejerce una enorme fuerza integradora de los diversos aspectos de la vida. Integrar no es simplemente sumar o añadir; integrar es poner en una misma dirección, tendiendo hacia un mismo horizonte, convergiendo en un mismo estilo, todo el conjunto de actividades y tareas de la vida. Si lo «espiritual» es solo un tiempo, no hay integración: es un tiempo más, añadido a otros tiempos, y todos ellos forman un conjunto agregado pero no integrado. Solo si lo «espiritual» es una dimensión, y una dimensión básica, habrá integración, de la que el P. Arrupe es modelo y guía:

«Crece de día en día la figura de un Arrupe profundamente unificado cuyo eje central es el Dios encarnado, Jesucristo, y su proyecto sobre el mundo. Ningún misterio tan central para él como la encarnación, tal como la contempla san Ignacio en los Ejercicios. Ningún personaje tan configurador de su vida como Jesucristo: “Quitad de mi vida a Jesús y toda ella se derrumbará como un castillo de naipes” Ese amor único y unificador era el fuego que alentaba su vida e irradiaba al exterior en una de las personalidades más fascinantes de la Iglesia del siglo XX».<sup>23</sup>

¿Cuál es el núcleo de esa poderosa experiencia espiritual de Pedro Arrupe? Podemos escoger tres vivencias, sabiendo que dejamos fuera otras muchas: Jesús, Iglesia, disponibilidad. Y

a continuación subrayaremos algo del modo como él las vivió pensando sobre todo en cómo nos pueden interpelar y ayudar hoy.

## 2.2. Cristo pobre, humilde y crucificado

«Nota esencial del carisma ignaciano, y de claro origen trinitario en la visión de La Storta, es que el seguimiento de Cristo ha de hacerse en humillación y cruz».<sup>24</sup>

Son muchas las observaciones que podríamos hacer sobre la importancia y los acentos de la espiritualidad trinitaria y cristológica del P. Arrupe. Son bien conocidas tanto su conferencia sobre la «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano»<sup>25</sup> como la «Invocación a Jesucristo modelo» que figura al final de su conferencia sobre «El modo nuestro de proceder».<sup>26</sup> La lectura y meditación de ambos escritos nos permite asomarnos y valorar lo que la persona de Jesús significaba para el P. Arrupe. Como él mismo dijo en una sola palabra: «todo».

Centremos nuestra reflexión solo en un aspecto de esa experiencia, aspecto que es para nosotros, a un tiempo, iluminador y nos interpela. Es, por cierto, un aspecto fundamental, tanto en el P. Arrupe como en san Ignacio: la contemplación de un Jesús pobre, humilde y crucificado, que conlleva un seguimiento de Jesús en pobreza, humildad y cruz.<sup>27</sup>

Con ello, el P. Arrupe recoge un dato básico de la vivencia y el legado espiritual de san Ignacio. Recor-

demos solo que en la determinante visión de La Storta es «Cristo con la cruz al hombro» quien dice a Ignacio «Yo quiero que tú nos sirvas». <sup>28</sup> Y en los Ejercicios la asociación de la pobreza, la humildad y la cruz con Cristo es constante. Ya en el primer ejercicio de Primera Semana el ejercitante mantiene un coloquio con «Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz» [EE 53]. La llamada del Rey eternal incluye seguirle «en la pena» [EE 95] y la respuesta de quien hace la oblación de mayor estima y momento habla de «imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza» [EE 98]. En el nacimiento de Jesús, Ignacio recuerda que el Señor nació «en suma pobreza y, a cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz» [EE 116]. En el momento decisivo de la elección, resuena el sermón de Cristo Nuestro Señor que habla de «[...] pobreza contra riqueza [...], oprobio o menosprecio contra el honor mundano [...] humildad contra la soberbia...» [EE 146] y la tercera manera de humildad es la que elige «más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y [...] ser más estimado por vano y loco por Cristo [...] que sabio ni prudente en este mundo» [EE 167].

La interpelación que yo mismo he sentido leyendo y meditando los escritos del P. Arrupe y su ignaciana vivencia de Cristo como el Cristo pobre, humilde y crucificado de los Ejercicios es también mi contemplación de Cristo, y, como fruto de ella, el Cristo que ilumina mi seguimiento. Planteado en lenguaje de Ejercicios,

si mi coloquio es coloquio con Cristo crucificado, o por el contrario, nunca, o solo en momentos muy excepcionales, me pongo cara a cara con el Crucificado. Si mi Cristo es el Cristo pobre, humilde y crucificado de Ignacio de Loyola y de Arrupe o no. Es la interpelación que yo he sentido y que comparto.

Y el que sea así, ¿tiene alguna importancia? ¿Tiene algún significado o consecuencia en nuestra vida práctica y concreta? Sinceramente, pienso que mucha. Y expongo brevemente tres apuntes:

a) Si mi contemplación cotidiana y habitual de la persona de Jesús pasa de largo u olvida al Crucificado y se detiene solo en otros momentos, también importantes en la vida de Jesús, como son sus milagros, sus discursos y parábolas, su vida cotidiana antes de la Pasión y la Cruz, estoy soslayando de alguna manera toda la dimensión de entrega, de entrega total y hasta la muerte, que tiene la vida de Jesús. Entrega que es la dimensión y aspiración última del seguimiento del Señor. Y estoy abriendo paso, de un modo posiblemente inconsciente e involuntario, a un seguimiento débil, que no soportará las contradicciones de todo tipo, los fracasos, las humillaciones y la cruz. Abriendo paso a un seguimiento incluso magnánimo, lleno de buena voluntad y de buenas intenciones, que se sostendrá en el «éxito» (entendamos este en el sentido que sea), pero que no soportará el fracaso.

b) Si nunca me encuentro cara a cara con el Crucificado, si mi oración y mi contemplación no se hace nunca, o solo excepcionalmente, al pie de la cruz, si no hago mía esa mirada al

Crucificado que no es fácil pero que es necesaria, puede suceder que cuando yo efectivamente, y por las diversas circunstancias de la vida, me sienta dolorido, humillado, empobrecido, víctima de cualquier forma de injusticia, despojado de mi dignidad o de mis fuerzas o de mis derechos, no sea capaz de percibir que Jesús pasó antes por ahí, y pasó por ahí también para que yo pudiera sentirle cercano en mi cruz. Sucederá entonces que justamente cuando sentimos la necesidad de tenerla cerca, nos parecerá lejana.

c) Si nunca me paro a mirar al Cristo pobre y humilde, no será fácil que descubra el rostro de Cristo en los pobres, los humillados, los explotados y los crucificados de nuestro mundo. Si Cristo es siempre para mí el Cristo luminoso y amable de la mayoría de las estampas, me será imposible reconocerle en rostros desencajados por el dolor, la marginación o la exclusión. Y, evidentemente, mis actitudes y mi forma de tratar a estas personas van a ser radicalmente diversas si en ellas descubro la mirada de Cristo o si no lo hago. Si no la descubro, podré ser incluso humanitario y altruista, como tantas personas bien nacidas y profundamente humanas que se conmueven de verdad ante los sufrimientos de los pobres. Pero si en los pobres descubro el rostro de Cristo Crucificado hay un más allá de eso: sentiré que los sufrimientos de esas personas son los de mi Cristo y los míos, que toda mi vida y todas las dimensiones de mi vida quedan afectadas por ellos y que la lucha por la justicia no es simplemente una opción, ni siquiera la opción preferencial, sino el ser o no ser de mi seguimiento de Jesús.

### **2.3. Amor profundo a la «vera esposa de Cristo»**

«El principio ignaciano del “sentir con la Iglesia” entraña un amor profundo a la “vera esposa de Cristo” y se manifiesta principalmente en la fidelidad al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo... Para Ignacio, la Iglesia jerárquica es Madre nuestra, esposa de Cristo, el amor la vivifica. No es una institución fría, sino una madre providente».<sup>29</sup>

El segundo aspecto que quiero destacar de la personalidad espiritual del P. Arrupe es su amor a la Iglesia. Y también su amor a la persona del Sumo Pontífice, del Vicario de Cristo. Al igual que en san Ignacio, predominan en él los términos de relación afectiva cuando habla de la Iglesia: madre, esposa de Cristo... El amor a la Iglesia es consecuencia inseparable del amor personal a Cristo. Ignacio Iglesias habla de un «Amor maduro, alma de una obediencia responsable, incluso en ocasiones no infrecuentes de tensión. Verdadera devoción, en el sentido más pleno, a las personas que en uno y otro tiempo representaron a Jesucristo como Siervos de los siervos de Dios».<sup>30</sup> Nunca las palabras del P. Arrupe sobre el amor o el servicio a la Iglesia suenan como palabras de oficio y siempre son palabras nacidas del corazón. Solo la comprensión de ese amor nos puede dar también la medida de la intensidad de su dolor en las situaciones de dificultad o tensión con la Santa Sede.

En su conferencia «El modo nuestro de proceder», núm. 51, describe las formas concretas que adopta el amor a la Iglesia:

- Es un amor hecho de apertura y respeto profundo hacia todo creyente, hacia su fe.
- Amor que se traduce en «tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo» [EE 353] a los legítimos pastores.
- Amor que es apoyo al esfuerzo de los cultivadores de las ciencias sagradas... y, en otro nivel, amor que se hace catequesis cercana a cualquiera y con cualquiera.
- Amor que hace vivir, sentir y sufrir los problemas y limitaciones de la Iglesia como propios.<sup>31</sup>

Este amor es el alma y el fin de las «Reglas para sentir con la Iglesia» que pretenden ayudar a vivir en el amor a la Iglesia concreta y con las dificultades que todo amor concreto ha de afrontar.

De nuevo, la profunda experiencia espiritual de Pedro Arrupe es una experiencia profética para quienes nos acercamos a ella. Compartimos algunas de las interpelaciones experimentadas leyendo los escritos de Pedro Arrupe sobre el amor y el servicio a la Iglesia:

a) Tiene que ver con la misma naturaleza de nuestra relación con la Iglesia y unida a ella, de nuestra relación con el Vicario de Cristo. La fuerza de lo afectivo en esa relación me ha impactado porque va mucho más allá de una relación que podríamos llamar «obligada», de obediencia debida, de respeto (aunque sea un respeto interior y auténtico), de oficio. Así, lo «institucional», de tanto peso para nosotros, queda en él en un segundo plano, palidece ante la fuerza de esa relación afectiva. La fuerza afectiva de esa vivencia eclesial de Arrupe expli-

ca tantas palabras, tantos gestos, tantas actitudes, tantos sufrimientos, que sin ella no acabamos de entender. Y es esa profunda vivencia de amor a la Iglesia la que él intenta contagiar a sus hermanos jesuitas en todos sus escritos, discursos y conversaciones privadas.

b) Este es el contexto que posibilita, asimismo, la adecuada interpretación de las «Reglas para sentir con la Iglesia», que son reglas de discernimiento para amar a la Iglesia concreta y real en el tiempo y con las dificultades concretas que presenta. Creo que estas «reglas», leídas e interpretadas a la luz del P. Arrupe, no son, como podríamos decir en un acercamiento superficial, unas reglas para la obediencia, para el mero cumplimiento, sino que son unas reglas para el amor. Para el amor a una Iglesia que siempre, en tiempos de san Ignacio y en cualquier tiempo, pasa por dificultades externas y también por dificultades internas. No olvidemos que el mismo texto ignaciano habla de una Iglesia con defectos y conductas inadecuadas, con diversidad de opiniones en temas teológicos, con personalismos y protagonismos inadecuados. El P. Arrupe, en su conferencia «Servir solo al Señor y a la Iglesia, su esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra», al hablar de estas reglas no se dedica a hacer una exégesis literal de las mismas, sino que lo que hace fundamentalmente es captar su sentido de fondo y aplicarlas a las tendencias eclesiales de su tiempo, muchas de las cuales siguen vigentes.<sup>32</sup> No son, pues, unas reglas para sustituir o paliar el amor a la Iglesia (como en ocasiones se han malentendido y malinterpretado), sino, por el contrario, unas reglas para profundizar y determinar el amor

a la Iglesia concreta en la que vivimos.

c) La tercera interpelación tiene que ver con unas palabras del P. Arrupe que dicen así: «Amor que hace vivir, sentir y sufrir los problemas y limitaciones de la Iglesia como propios, ejerciendo con la libertad y humildad de hijos de Dios el caritativo servicio de una crítica “que edifica” y es, fundamentalmente, autocrítica».<sup>33</sup> Y la pregunta es por el desequilibrio y la desigualdad que existen en nosotros entre las críticas hacia fuera, hacia personas, instituciones o grupos de la Iglesia y la propia autocrítica de nuestras personas e instituciones. Es bastante común por desgracia, tanto en órdenes y congregaciones más antiguas, como en movimientos más modernos, el pensarnos como miembros o participantes en instituciones perfectas dentro de una Iglesia imperfecta, con todo lo que ello conlleva de ceguera y de soberbia. De ceguera para captar lo que otros aportan a la Iglesia y la enriquecen, y nos aportarían a nosotros mismos si estuviéramos abiertos a recibir. Y de soberbia, ciega a las deficiencias con las que también nosotros hacemos daño a la Iglesia.

#### **2.4. En plena disponibilidad interior y exterior**

«La total disponibilidad del jesuita, no solo respecto a su superior en una relación de obediencia y de receptibilidad de la misión, sino también hacia los hermanos, se basa en ese ideal supremo trinitario por el que las personas divinas se

comunican plenamente, se aceptan plenamente, se enriquecen plenamente».<sup>34</sup>

La tercera palabra que escogemos para hablar de la espiritualidad y mística del P. Arrupe es «disponibilidad». Es muy posible que sorprenda a muchos esta elección: «disponibilidad» parece una palabra menor, muy menor, ante esas grandes palabras que son Cristo e Iglesia. Sin embargo, para el P. Arrupe no era una palabra menor, sino, como indica el texto que acabamos de citar, muy ligada a la experiencia fundante de la Trinidad, y a Cristo, el Disponible, siempre y enteramente disponible, al designio redentor de la Trinidad sobre el mundo. De hecho, su carta «Sobre la disponibilidad» de 1977 es otra de sus grandes aportaciones a la reinterpretación del carisma ignaciano.

Esa honda disponibilidad, antes interior que exterior, es la que convirtió a san Ignacio en el «Peregrino», y la que animó al alma del Pedro Arrupe a buscar incansablemente nuevos caminos para la Compañía en fidelidad a la llamada de retorno a las fuentes y de renovación que hizo el Concilio Vaticano II. La disponibilidad es, pues, un movimiento muy hondo de entrega a la voluntad del Padre, en comunión con el Hijo, y animada por el Espíritu, para llevar adelante en cada momento y circunstancia el plan salvador de Dios.

Hablar de disponibilidad evoca uno de los verbos más significativos de san Ignacio en los Ejercicios al abordar el discernimiento: el verbo «moverse». ¿Qué es lo que me mueve? ¿Quién y hacia dónde me mueve? Seguramente en el núm. 180 de los Ejercicios, en el

contexto de la elección, encontramos una de las mejores definiciones de la disponibilidad ignaciana y arrupiana, centrada en el verbo «mover»:

«[...] Pedir a Dios Nuestro Señor quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer [...] que más su alabanza y gloria sea; discurriendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme a su santísima y beneplácita voluntad».

¿Qué «movimientos» impulsa esa disponibilidad que anima al Padre Arrupe? ¿Hacia dónde nos mueve? Creo que en el sentido y la dirección de esos movimientos podemos encontrar también signos de discernimiento de una espiritualidad auténticamente evangélica al estilo ignaciano. Porque la espiritualidad auténtica pone en movimiento, desinstala, no nos permite quedarnos en el mismo sitio para siempre o dar por concluida en ningún momento la historia de nuestra maduración en el seguimiento de Jesús.

He escogido tres verbos inequívocamente ignacianos para definir el movimiento que provoca la disponibilidad a la que nos invita el P. Arrupe:

a) La disponibilidad nos mueve a «salir»: a salir de nosotros mismos, antes que nada, salir de nuestro «propio amor, querer e interés» [EE 189], y a salir también de nuestros pequeños mundos, de nuestros círculos cerrados y protegidos, de nuestros particulares modos de ver las cosas, de nuestros prejuicios, de nuestras historias pasadas, de nuestros egoísmos colectivos... para dejar espacio en el corazón a Dios y lugar en nuestras vidas con-

cretas y cotidianas a los hermanos. Ese salir que va unido a otra gran palabra ignaciana: «abnegación». No cabe una auténtica espiritualidad que no nos descentre de nosotros mismos y no abra nuestras vidas al encuentro con nuestros hermanos.

b) La disponibilidad nos mueve también a «buscar»: otra gran palabra ignaciana; como dicen los Ejercicios «a buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida» [EE 1]. A buscar constantemente los nuevos caminos que el Señor abre ante nosotros, tanto para encontrarnos con Él, como para encontrarnos con las nuevas necesidades de nuestros hermanos que nos piden nuevas respuestas. No cabe una auténtica espiritualidad cuya mirada esté solo vuelta hacia el pasado, hacia lo de siempre porque es eso lo que nos da seguridad. Es la famosa llamada del P. Arrupe a no dar respuestas de ayer a los problemas de hoy.

c) Finalmente, la disponibilidad nos mueve a «servir»: a ponernos a los pies de nuestros hermanos, a ponernos al servicio de aquellos que en nuestro mundo están en los lugares y en las situaciones por las que nuestros pies no suelen pisar, a buscar siempre el mayor y el mejor servicio, ese *magis* ignaciano que no es el «más» orgulloso y competitivo de este mundo, sino el «imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor» de la tercera manera de humildad [EE 167]. No cabe una auténtica espiritualidad si, al final, no nos deja al lado de Cristo y a los pies de nuestros hermanos.

Para finalizar, quiero citar unas palabras del P. Arrupe que no he podido olvidar desde que las leí. Con una pregunta para el examen de cada día y



para el seguimiento de cada día. Se las dijo a sus hermanos jesuitas al comenzar la decisiva Congregación General 32, que él convocó, presidió, animó y le ocasionó muchos sufrimientos, congregación que definió la misión actual de la Compañía de Jesús como el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Son estas:

«Es mucha verdad que los problemas nos desbordan y que no lo

podemos todo. Pero lo poco que podemos, ¿lo hacemos todo? Y, sobre todo, ¿lo hacemos de manera que sea respuesta directa a esta formidable llamada del Señor a través del mundo? Esta llamada de Dios es, pues, misión que pide de nosotros una respuesta decidida y creativa, con la decisión y creatividad del pequeño y del humilde... que deja obrar en sí enteramente al poder de Dios».<sup>35</sup>



1. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.) (2015). *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, Colección Manresa, 55. Esta colección se dedica a la publicación de documentos básicos y de estudio sobre la espiritualidad ignaciana. El volumen presenta el texto completo de cinco conferencias, con una presentación de las mismas y esquemas y notas que ayudan a su estudio.
2. Toda la información sobre la Congregación General 31ª y, por tanto, sobre la elección del P. Arrupe, está tomada del exhaustivo estudio que sobre la citada Congregación publicó el P. Urbano Valero, en el libro de LA BELLA, Gianni (ed.) (2007). *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae. El estudio del P. Valero es el tercero de los que integran este volumen, lleva por título «Al frente de la Compañía: la Congregación 31ª», y ocupa las páginas 139 a 249.
3. Es interesante constatar que el sucesor del P. Arrupe, el P. Kolvenbach, fue elegido en primera votación, y el siguiente Preposito General, el P. Adolfo Nicolás, fue elegido en segunda votación.
4. Baste con citar LAMET, Pedro Miguel (2014). *Arrupe, testigo del siglo XX, profeta del XXI*. Bilbao: Mensajero, y el conjunto de estudios recogidos en el libro de Gianni la Bella que hemos citado en la nota 2.
5. José A. García en MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, pág. 13.
6. Ignacio Iglesias en MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, pág. 20.
7. Papa Francisco (2014). *Testigos de la alegría. Carta apostólica a todas las personas consagradas*. Madrid: Publicaciones Claretianas, pág. 21.
8. Sobre el documento conferencia «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano», Roma, 1980.
9. Sobre el documento de la conferencia «La Misión Apostólica, clave del carisma ignaciano», Loyola, 1974.
10. Documento de la conferencia «Servir solo al Señor y a la Iglesia, su Esposa, bajo el Romano Pontífice, vicario de Cristo en la tierra», Roma, 1978.
11. Cita del prólogo del libro MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, pág. 15.
12. Ignacio de Loyola: Ejercicios Espirituales, núm. 352.
13. Núm. 49 de la conferencia «Servir solo al Señor y a la Iglesia».
14. De san Ignacio, en una carta del año 1543 al Dr. Bernal. Cita tomada del núm. 69 de «Servir solo al Señor...».
15. «Servir solo al Señor...», núm. 4.
16. Documento de la conferencia «Nuestro modo de proceder», Roma, 1979.
17. Documento de la conferencia «Arraigados y cimentados en la caridad», Roma, 1981.
18. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.), *Op. cit.*, pág. 99.
19. Ver, por ejemplo, la conferencia «El P. Arrupe que voy conociendo» en su libro (2013), *Sentir y cumplir. Escritos ignacianos*, Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia de Comillas, colección Manresa núm. 49, págs. 399-419.
20. Ver la conferencia «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano» en MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.), *Op. cit.*, pág. 95.
21. «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano» núm. 78, en MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.), *Op. cit.*, pág. 20.
22. Cf. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.), *Op. cit.*, pág. 20.
23. José A. García en MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, pág. 13.
24. Cita del documento de P. Arrupe «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano», núm. 73, citado MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, pág. 77.
25. Cf. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, págs. 27-96.
26. Cf. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, págs. 227-232.

27. En el índice temático de *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio* vemos que seguimiento de Jesús y pobreza se vinculan en 17 ocasiones, seguimiento de Jesús y humildad en 12 y seguimiento de Jesús y cruz en 9.
28. Según el relato que de esa visión hace Laínez, a partir del testimonio de Ignacio. Cf. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, pág. 60.
29. Documento «La misión apostólica, clave del carisma ignaciano», núm. 81. Cf. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, págs. 27-96.
30. Ignacio Iglesias, *Op. cit.*, pág. 419.
31. Cf. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, págs. 224-225.
32. Ver esta conferencia en MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, págs. 139-174. Lo referido a las Reglas para sentir con la Iglesia se encuentra, particularmente, en los núm. 45 a 58 de dicha conferencia.
33. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, pág. 225.
34. Documento del P. Arrupe «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano», núm. 88, citado en MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, pág. 84.
35. MOLLÁ LLÁCER, Darío (ed.). *Op. cit.*, pág. 99.



*«Ayudar» es el verbo con que Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.*

*Bajo este lema de servicio y sencillez,  
la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES)  
ofrece esta serie de materiales ignacianos.*

## **Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»**

74. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (4) - 75. C. MARCET. Ignacio de Loyola: un itinerario vital - 76. P. ARRUPE. Hombres y mujeres para los demás - 77. L. ESPINA CEPEDA. Ejercicios ignacianos acompañados por santa Teresa - 78. D. MOLLÁ. El «más» ignaciano: tópicos, sospechas, deformaciones y verdad - 79. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (5) - 80. C. MARCET - Releyendo nuestras vidas - 81. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (6) - 82. D. MOLLÁ. Pedro Arrupe, carisma de Ignacio: Preguntas y propuestas

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet en: [www.cristianismeijusticia.net/es/eides](http://www.cristianismeijusticia.net/es/eides)

La Fundació Lluís Espinal envia gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicite. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia.

### **Cristianisme i Justícia**

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona  
93 317 23 38 - [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com)  
[www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89

[www.cristianismeijusticia.net/eides](http://www.cristianismeijusticia.net/eides)